

mo tiempo, que si la Asamblea no trataba de corregir estos vicios, antes de presentar la Constitucion, para que fuese jurada por el rey y por el pueblo, estos no jurarian sino la anarquía. Los trescientos miembros del lado derecho, debian apoyar con sus aplausos las acusaciones del orador. Entonces Barnave se levantaria aparentemente irritado, pidiendo la palabra para contestar al preopinante, y en un discurso capcioso vengaria á la Constitucion de las invectivas de Malouet, conviniendo sin embargo, en que aquella constitucion improvisada en el ardor del entusiasmo de una revolucion y bajo la influencia de azarasas circunstancias, podia tener algunas imperfecciones. Entonces debia proseguir su discurso diciendo, que la reflexion y la sabiduria de la Asamblea, podian remediar aquellos pequeños defectos, antes de separarse, y que entre otras mejoras de que aquella obra era susceptible, podrian retocarse dos ó tres artículos, en que las atribuciones de los poderes ejecutivo y legislativo no estaban bien definidas, concluyendo con que esto podia hacerse de suerte, que se restituyese al poder ejecutivo la independencía y accion indispensables á su existencia. Los amigos de Barnave, de Lameth y de Dupont, y todos los demas miembros del lado izquierdo menos Robespierre, Petion, Buzot y los republicanos apoyarian estrepitosamente este discurso, y en seguida se nombraria una comision especial para revisar los artículos en cuestion. Esta comision terminaria su trabajo antes que finalizase aquella legislatura y los trescientos votos de Malouet unidos á los constitucionales que seguian á Barnave, constituirian una mayoría inmensa en favor de aquellas enmiendas que habian de restaurar la monarquía.

XIX.

Los miembros del lado derecho se negaron unánimemente á apoyar este plan. «Corregir la Constitucion seria sancionar la revolucion. Unirse á los facciosos seria convertirse en facciosos. Restaurar la monarquía por mediacion de Barnave seria degradar al rey, hasta el estremo de hacerle estar reconocido á un faccioso. Sus esperanzas no eran tan insignificantes que no le quedase otro remedio á su partido que el de aceptar aquel ridiculo papel que le habian repartido en una comedia de revolucionarios asustados. Tampoco fundaban sus esperanzas en que el mal se remediase; al contrario, deseaban que se empeorase porque el mismo desórden volveria á traer el órden. El rey estaba en las Tullerías, pero la monarquía no estaba allí, estaba en Coblentza y sobre todos los tronos de Europa. Las monarquías eran solidarias y ellas sabrian restaurar el trono en Francia sin necesidad de ponerse de acuerdo con los que le habian derribado.»

Asi discurrian los miembros del lado derecho. Las pasiones y los resentimientos personales cerraban sus oídos á los sanos consejos de la moderacion y de la prudencia, y la monarquía caminaba á una inevitable catástrofe, empujada sistemáticamente tanto por sus enemigos como por sus mismos amigos. El plan abortó como era consiguiente. En tanto que el rey prisionero mantenía dobles y secretas inteligencias, ya con sus hermanos emigrados para enterarse de lo que podria prometerse de la energía de las potencias estrangeras, ya con Barnave para intentar atraer á su partido á la Asamblea, esta iba perdiendo su antiguo ascendiente, y el espíritu de la revolucion desertando de aquel recinto en que nada tenia que esperar, iba á animar los clubs y las municipalidades

y á influir en las próximas elecciones. La Asamblea habia ya cometido la falta de declarar á sus miembros no elegibles en la próxima legislatura.

Esta renuncia que habia hecho de sí misma, y que tenia el aspecto de un heroismo desinteresado, era en realidad el sacrificio de la patria, era en fin, el ostracismo de las notabilidades y el triunfo seguro de las medianías. Por rica que sea una nacion en talentos y en virtudes nunca cuenta un número ilimitado de grandes ciudadanos. La naturaleza es muy avara en este punto. Muy difícil es encontrar reunidas las condiciones sociales que son necesarias para formar un hombre público. Inteligencia, luces, virtud, carácter independiente, bienes de fortuna, reputacion bien adquirida y abnegacion sublime, son cosas que raras veces concurren en un solo individuo. No se decapita impunemente á toda una sociedad. Las naciones son como el suelo que pisamos: despues que se ha quitado la tierra vegetal se encuentra la toba, y esta es estéril. La Asamblea constituyente habia olvidado esta verdad, ó por mejor decir, su abdicacion era muy parecida á una venganza. El partido realista habian votado la no reeleccion á fin de que la revolucion dirigida por otras manos que las de Barnave diese en todos los escesos de la demagogia. El partido republicano habia votado lo mismo por destruir á los constitucionales. Estos votaron en igual sentido por castigar la ingratitude del pueblo, y por hacer que les echasen de menos en vista de la gran diferencia que forzosamente habia de haber entre ellos y sus sucesores. En resumen este voto fué hijo de todas las pasiones distintas que se agitaban dentro y fuera de la Asamblea, malas todas ellas, y que no podian producir sino la ruina de todos los partidos.

Solo el rey era el que no aprobaba esta medida porque presentia el arrepentimiento de la Asamblea nacional y porque estaba de acuerdo con sus principales cau-

dallos, y era depositario del secreto de muchas conciencias.

Una nacion nueva, desconocida é impaciente, iba á presentárseles frente á frente en la nueva Asamblea, y tanto por lo que se traslucia en los periódicos, como por lo que se decia en los clubs y en las calles y plazas públicas, no le quedaba duda sobre quienes serian las personas en que el pueblo depositaria su confianza. El rey preferia tener enemigos conocidos, muchos de ellos fatigados ya de la lucha, y otros ganados á su favor, á háberse las con unos enemigos nuevos y fogosos que querian sobrepujar en exigencias á los que les habian precedido. A estos no les quedaba ya otra cosa que hacer que derribar el trono, y al rey no le quedaba nada que concederles sino su vida.

XX.

Los nombres de los principales candidatos para la nueva Asamblea se leian casi en todas las hojas volantes, y eran por Paris Brissot, Condorcet y Danton, y por los departamentos Vergniaud, de Guadet, d' Isnard, de Loubet, de Gensonné, que fueron despues los girondinos, asi como los de Thuriot, Merlin, Carnot, Couthon, Danton y Saint-Just, que unidos despues á Robespierre fueron alternativamente sus instrumentos ó sus victimas.

Condorcet era un político tan intrépido en sus actos como atrevido en sus especulaciones. Su política era la consecuencia legitima de su filosofia, creia en la divinidad de la razon y en la omnipotencia de la inteligencia humana, dominada por la libertad.

Ese cielo, morada de todas las perfecciones ideales, en donde el hombre espera hallar delicias inefables, no existia para Condorcet, que creia que la tierra era su pa-

raiso. Su ciencia consistía en su virtud, y su dios era el espíritu humano. Le parecía que este espíritu, fertilizado por la ciencia, debía triunfar de todas las resistencias que le opusiese la materia y descubrir todas las potencias creadoras de la naturaleza para renovar la faz de la creación. Su política era hija de este sistema, cuyo principal dogma era adorar el porvenir y detestar lo pasado. Poseía el frío fanatismo de la lógica y la ira concentrada de la convicción. Discípulo de Voltaire, de d' Alembert y de Helvecio, pertenecía, como Bailly, á aquella generación intermedia de filósofos que habían despejado el camino á la revolución. Mas ambicioso que Bailly, no tenía la impasibilidad de éste, y aristócrata por su nacimiento, había desertado, como Mirabeau, á las filas del pueblo. Despreciado por la corte, la aborrecía con el odio de los desterrados, y se había hecho popular para hacer del pueblo el ejército de la filosofía. No quería la república sino en cuanto le servía para destruir las preocupaciones, y con tal de obtener el triunfo de las nuevas ideas hubiera adoptado de buena gana una monarquía constitucional. Este hombre era mas bien un adalid de la revolución que un hombre de anarquía; los aristócratas, al pasarse al partido del pueblo, van siempre acompañados de las ideas de orden y de superioridad que abrigan anteriormente y quieren regularizar el desorden y dirigir hasta las tempestades. Los verdaderos anarquistas son los que impacientes por haber obedecido siempre, se sienten al mismo tiempo incapaces de mandar; Condorcet redactaba desde 1789 la *Crónica de París*, periódico de doctrinas constitucionales, en el que se distinguía bajo las palpitaciones de la ira, la mano elegante y fría del filósofo. Si Condorcet hubiese estado dotado del calor y hubiese tenido su lenguaje el colorido que tenía el de Mirabeau, le hubiese igualado en la nueva Asamblea. Tenía la fé y la constancia de aquel, pero carecía del acento sonoro que resuena en las almas de

los demas al oír á los hombres que lo poseen. El club de electores de París, que se reunía en la Santa Capilla, quería elegir diputados á Condorcet y á Danton.

XXI.

Danton, que al principio de la revolución era un abogado oscuro de uno de los tribunales de París, había ido creciendo con ella, y había adquirido esa celebridad que concede fácilmente el pueblo á todo el que ve y oye por todas partes. Era este uno de esos hombres que parece que nacen del hervor de las revoluciones y que van nadando sobre el tumulto, hasta que son devorados por él. En Danton todo era atlético, brusco y vulgar como las masas, á las que debía agradar forzosamente, por la gran semejanza que con ellas tenía. Su elocuencia se parecía mucho á la esplosión de las turbas, y su sonora voz, era muy semejante al rugido de la sublevación. Sus frases cortas y terminantes, eran tan concisas y ejecutivas como las voces militares de mando, y su ademán irresistible daba impulso á las reuniones de amotinados. Toda su política consistía entonces en su ambición, y sin principios fijos no quería de la democracia sino el desorden. Este hombre había hecho de ella su elemento, y se había lanzado resueltamente en sus brazos, menos por dominarla que por experimentar ese placer sensual que encuentra el hombre en el movimiento acelerado que le arrebató. Embriagábase con el vértigo revolucionario, como hubiera podido embriagarse con el vino, y resistía bien esta embriaguez. Conservaba siempre la superioridad de la calma, aun en medio de la confusión que creaba para dominarla. Conservando su sangre fría aun en medio de sus mayores arrebatos escitaba la hilaridad de los clubs, cuando mas furiosos estaban. Danton divertía

al pueblo y le apasionaba á un mismo tiempo. Satisfecho de este doble ascendiente que sobre él tenia, no pensaba siquiera en respetarle y no le hablaba de principios ni de virtud, sino de fuerza, único ídolo que él adoraba. Todos los medios eran buenos para él, que podia llamarse el hombre de Estado de las circunstancias, porque jugando con el movimiento, sin otro objeto que entretenerse con lo terrible que el mismo juego tenia en sí, miraba con indiferencia la única responsabilidad que de ello podia resultarle, que era el que una casualidad le hiciese perder la cabeza. Para semejantes hombres no podian menos de ser indiferentes el despotismo ó la libertad. El desprecio que hacia del pueblo debia inclinarle mas bien á la tiranía que á otra cosa. Cuando no se ve nada divino en los hombres, el mejor partido que puede sacarse de ellos, es sujetarlos, porque no se sirve bien sino á aquellos que se respeta. Danton estaba con el pueblo porque habia nacido en él, y porque le parecia que debia triunfar, pero le hubiese vendido sin el menor escrúpulo del mismo modo que le servia. La córte conocia el precio de sus convicciones, y él la amenazaba para que tuviese interés en comprarle, de suerte que sus mociones por revolucionarias que fuesen no eran mas que la subasta de su conciencia. Mezclábase el interés en todas las intrigas y no se alarmaba su probidad por las ofertas que se le hacian. Comprábanle los partidos todos los dias, y al dia siguiente estaba otra vez de venta. Mirabeau, La Fayette, Montmorin, Mr. de la Porte, intendente de la lista civil, y el duque de Orleans, sabian muy bien el secreto de su venalidad, porque todos le habian comprado alternativamente. El oro procedente de todas estas fuentes impuras, no le habia enriquecido, porque lo gastaba con la misma facilidad que lo adquiria. Cualquiera otro se hubiese avergonzado delante de los hombres que poseian el secreto de su venalidad, pero este les miraba cara á cara sin ruborizarse.

Danton era el punto céntrico de todos esos hombres que en los grandes sucesos no tratan sino de engrandecerse, pero con la diferencia de que aquellos tienen toda la bajeza del vicio y Danton era héroe hasta en sus mismas debilidades. Su inteligencia se aproximaba mucho al genio, la incredulidad que era la enfermedad de su alma, era tambien, á su modo de ver, la fuerza de su ambicion, y la cultivaba con esmero como elemento de su futura grandeza. Infundiáse desprecio todo el que era capaz de respetar alguna cosa, y semejante hombre no podia menos de tener un inmenso ascendiente sobre las masas. Agitábalas y haciálas subir hasta la superficie, dispuesto á embarcarse en cualquiera mar, aun cuando fuera de sangre.

XXII.

Brissot de Warville era otro de los candidatos por Paris. Este hombre fué el fundador del partido de los girondinos, y primer apóstol y mártir de la república. Preciso es por lo tanto que lo conozcamos á fondo. Brissot era hijo de un pastelero de Chartres, en donde habia hecho sus primeros estudios con su compatriota Petion. Literato aventurero habia empezado á usar el apellido de Warville que no era el suyo, á pesar de que la nobleza de un plebeyo consiste en no avergonzarse del apellido de su padre. Brissot no era escrupuloso en esta materia, por cuya razon se apoderó de uno de esos apellidos aristocráticos, contra los cuales iba á sublevarse dentro de poco proclamando la igualdad. Semejante en todo á Rousseau, menos en el talento, trató de hacer fortuna de mil maneras y se vió mucho mas miserable que aquel, antes de llegar á obtener nombradía. Los caracteres de los hombres, suelen degradarse con esa lucha que tienen que sostener para atender á su subsistencia, por el roce

que forzosamente han de tener con todo lo mas degradado y corrompido de las grandes ciudades. Rousseau habia paseado su indigencia y sus sueños á través de la naturaleza, cuyo espectáculo lo purifica todo y habia salido de esta lucha convertido en filósofo. Brissot habia arrastrado su miseria y su vanidad por las calles de París y de Londres, y por esas sentinas de infamia donde pululan los aventureros y los libelistas. De estos sitios habia salido hecho un intrigante.

Sin embargo, en medio de tantos vicios que habian hecho dudosa su probidad y sospechoso su nombre, alimentaba en el fondo de su alma tres virtudes capaces de sacarle de aquel envilecimiento que consistian en un amor tierno hácia una hermosa jóven con quien habia casado á disgusto de su familia, en la afición al trabajo y en un valor contra las adversidades de la vida que tuvo que desplegar mas tarde contra la muerte. Su filosofía era la de Rousseau, creía en Dios y tenia fé en la libertad, en la verdad y en la virtud. Habia en su alma un gran fondo de interés por la humanidad, virtud que en los filósofos reemplaza á la caridad cristiana; aborrecía la sociedad porque no hallaba en ella sitio en que colocarse; pero lo que mas aborrecía en ella eran sus preocupaciones y sus perpétuos engaños. Hubiera querido este hombre poderla rehacer no tanto en su beneficio como en provecho de la misma sociedad, y hubiera consentido gustoso en sepultarse entre sus ruinas con tal que estas ruinas hubiesen abierto campo al plan ideal que él se habia formado del gobierno de la razon. Brissot fué al principio uno de esos talentos mercenarios que escriben para quien les paga, y su pluma habia estado á disposicion de todos los ministros, particularmente á la de Turgot. Leyes criminales, teorías económicas, diplomacia, literatura, filosofía y hasta libelos, á todo se prestaba su pluma con tal de que le resultase alguna utilidad. Deseoso de hacerse con el apoyo de todos los hombres po-

deroso ó célebre, habia incensado á Voltaire y á Franklin lo mismo que á Marat. Conocido de madama de Genlis, la debia el haber entrado en relaciones con el duque de Orleans. Enviado á Londres por el ministro para desempeñar una comision de esas que nunca se dicen por no avergonzarse, se habia unido al redactor del *Correo de Europa*, periódico que se imprimia en francés en Inglaterra y cuyas ideas atrevidas y avanzadas causaban bastante inquietud á la corte de las Tullerías. Vendióse entonces á Swinton, propietario de aquel periódico, y le redactó en un sentido favorable á las miras de Vergennes. Allí conoció algunos libelistas y entre ellos á Morande. Estos escritores rechazados por la sociedad, se convierten á menudo en unos malvados de pluma, que viven á la vez con los escándalos del vicio y con el salario del espionaje. El contacto que tuvo Brissot con estos hombres, le contaminó y le hizo aparecer muchas veces como cómplice suyo. Esta mancha le acompañó toda su vida, y sus enemigos la hicieron resaltar, de suerte, que para hollarla tuvo que apelar á la estimacion pública. Vuelto á Francia cuando se manifestaron los primeros síntomas revolucionarios, habia espiado las fases sucesivas de la revolucion, con la ambicion inquieta de un hombre impaciente, y con la indecision del que no sabe por donde soplará el viento. Muchas veces se habia engañado y comprometido, por haberse decidido precipitadamente por ciertos hombres, cuyo poder parecia indestructible, y La Fayette fué uno de estos. Brissot siendo redactor del *Patriota Francés*, habia aventurado alguna vez ideas revolucionarias, y queriendo adular un porvenir que le parecia no estar muy distante, habia ido mas de prisá que las mismas facciones, lo cual habia merecido la desaprobacion de Robespierre.

«Mientras que yo me contentaba (dice éste) con defender los principios de la libertad sin mezclarme en ninguna otra cuestion estraña, ¿qué es lo que haciais

Brissot y Condorcet? Conocidos hasta entonces por vuestra gran moderacion y por vuestras relaciones con La Fayette, fuisteis mucho tiempo sectarios del club aristocrático del 89 cuando de repente salió de vuestras bocas la palabra *república*. Entonces esparcisteis un periódico titulado *El Republicano* y los espiritus empezaron á fermentar. La sola voz de república introduce la division entre los patriotas y da á nuestros enemigos el pretexto plausible que hacia mucho tiempo buscaban, de publicar que existe en Francia un partido que conspira contra la monarquía constitucional. Con este pretexto, se nos persigue y los ciudadanos pacíficos son degollados en el mismo altar de la patria. A nosotros, se nos señala con el título de los facciosos, y la revolucion retrocede medio siglo. En esta época se presenta Brissot en los Jacobinos donde jamás habia estado, á proponer la república, cuestion de que por prudencia nos habiamos abstenido de hablar en la Asamblea nacional. ¿Qué fatalidad ha conducido á Brissot, al seno de los Jacobinos? quiero conceder que no fuese esto sino una astucia ratera, ó tal vez una imprudencia hija de su ineptitud; pero hoy, que sus relaciones con La Fayette y con Narbonne no son ya un misterio; hoy que ya no oculta sus planes de innovaciones peligrosas, sepa que la nacion romperá al instante todas las tramas que tantos años les han costado urdir, á él y á otros intrigantes de segundo orden.»

Tal era el lenguaje de Robespierre, respecto á la candidatura de Brissot, y aunque la envidia tenia mucha parte en él, tampoco le faltaba justicia para espresarse en estos términos. La revolucion y la contrarevolucion le rechazaban y le deshonoraba al mismo tiempo. Los antiguos amigos que se habia adquirido en Londres, y sobre todos Morande que habia vuelto á Paris, valido de la impunidad de la época, revelaban en el *Argos* y en pasquines que ponian por las esquinas, las ocultas intrigas

y los escándalos de la vida literaria del que habia sido su asociado. Citaban infimidad de cartas auténticas, en las que Brissot habia mentido con el mayor descaro sobre su apellido, sobre la gerarquía social de su familia, y sobre los bienes de su padre, todo por captarse la confianza de Swinton y por darse importancia, por cuyos medios habia pegado varios petardos en Inglaterra. De todo esto tenian pruebas convincentes. Imputábanle además que so pretexto de fundar un liceo en Londres, aunque en realidad para apropiársela, habia sacado una suma considerable á un tal Desforges. No contentos con esto, demostraron hasta la evidencia que Brissot al salir de Inglaterra habia dejado en poder del citado Desforges ochenta cartas, por las que se probaba su infame participacion en el comercio de libelos que hacian sus amigos. Los periódicos que atacaban su candidatura, se apresuraron á denunciar todos estos escándalos, para hacer que perdiese la opinion en el concepto del público, y hasta se le acusó de haberse apropiado cierta suma que hacia ya mucho tiempo estaba olvidada en la caja de las *Hijas de Santo Tomás*, de cuyo distrito era presidente. Su justificacion ofreció bastante dificultad, pero á pesar de ser algo oscura fué suficiente para que el club de la calle de la Michodiére declarase su inocencia é integridad.

Otros periódicos, sin mezclarse en su vida privada, hablaron solamente de la política y tomaron su defensa, ciñéndose, sin embargo, á lamentarse de la calumnia. Su amigo Manuel, redactor de un periódico cinico, trató de consolarle en estos términos. «Las manchas de la calumnia, caen sobre los hombres políticos en la época de las elecciones, y siempre dejan algun vestigio sobre el que ha sido calumniado; pero para que triunfen los enemigos del pueblo, no hay medio mejor que el de degradar al que les combate sin temor. A mí mismo no me faltan votos, á pesar de mi chochez y de mi afición á la botella.

Dejad al padre Duchesne y nombrad á Brissot que vale mas que yo.» Marat en el *Amigo del pueblo* hablaba de Brissot en términos ambiguos. «Jamás (decía) he visto en Brissot un patriota franco. Bien sea por ambicion, bien por bajeza, ello es que hasta aqui ha faltado á los deberes de un buen ciudadano. ¿Por qué ha tardado tanto en abandonar á ese general hipócrita? ¿Por qué ha comido hasta ahora en el mismo plato de La Fayette? ¡Pobre Brissot! Ahora eres víctima de la perfidia de un criado de palacio, y de un cobarde traidor, ¡como ha de ser! ten paciencia, pobre amigo mio, porque la suerte que ahora te cabe, es la que está reservada á todos los hombres tan indecisos como tú. Has disgustado á todo el mundo, y nunca serás nada. Si aun te queda algun sentimiento de dignidad, apresúrate á hacer que tu nombre sea borrado de la lista de candidatos para la próxima legislatura.»

De este modo, y siendo objeto de bafa para ambos partidos, se presentaba por primera vez en la escena política este hombre, que hacia vanos esfuerzos por apartar de sí el desprecio que habian hecho recaer sobre su nombre las faltas de su juventud, para entrar en la austeridad de un nuevo é importante papel político, apareciendo como un hombre medio intrigante y medio virtuoso. Brissot, que habia de ser con el tiempo el centro de union de los girondinos, revelara ya entonces en su carácter todo lo que se desarrolló mas tarde en los destinos de su partido, porque reunia á la intriga del patriotismo la estoica serenidad del mártir. Entre los candidatos por Paris descollaba Pastoret, hijo del Mediodia, aunque prudente y astuto como los hombres del Norte, que bien quisto con todos los partidos, ofrecia garantías suficientes á la revolucion, sin dejar por eso de manifestar una adhesion secreta al rey, que le mantenía en su confianza. Llevado de aqui para allá por el favor de estas dos opiniones, su talento le impulsaba á buscar fortuna, pero sin salirse jamás de los límites de la honradez. Los otros eran Lacc-

pede, Cerutti, Herault de Sechelles, y Gouvion, ayudante de campo de La Fayette. Las elecciones del departamento llamaron poco la atencion, porque todas las notabilidades pertenecian á la Asamblea nacional; por consiguiente, el ostracismo que esta se habia impuesto dejaba el campo espedito á los talentos de segundo orden. Unos hombres desconocidos todavia no podian entusiasmar á nadie, y el público tenia fija la atencion en los nombres que iban á desaparecer de la escena política. Un pais no adquiere nunca dos nombradías y la de Francia desaparecia con los miembros de la Asamblea que iba á disolverse, para que surgiese otra Francia enteramente distinta de la anterior.

